

sar risa. Más nulo por sus alcances intelectuales que el mismo prior, era Fray Manuel de Salas, buen mozo y arriscado, pero en cuyo derredor se cernía el peso de una historia de amores, cuchilladas y muertes que ponía espanto.

También tenía historia, aunque no trágica ni vergonzosa, Fray Antonio Huerta, seco, amojamado, que casi no alzaba los ojos del suelo y gastaba una vocecita tan suave y armoniosa que nadie habría creído las pestes que de él se decían, si no estuvieran atestiguadas por la tradición constante en el pueblo.

Fray Antonio era nada menos que un descamisado de la peor calaña, un espíritu rebelde que había merecido ser desterrado á Tlaxochimaco, en castigo de su insubordinación.

Se contaba que leía á diario los autores prohibidos; pero no para refutarlos y demostrar sus errores, sino para aprender sus vitandas doctrinas y complacerse en sus perversas enseñanzas.

Se carteaba con yorkinos y exaltados, hablaba de cosas que en aquel tiempo aparecían tan imposibles como meterse el sol en el bolsillo ó volar con alas prendidas con cera, y se decía que mandaba á los periódicos jacobinos artículos tan razonados y llenos de lógica, que ponían verdadero espanto en las huestes contrarias.

Descartados el prior, que era un carcamal incapaz de